

CENTRO EDITORIAL DE OBRAS ILUSTRADAS.—MADRID.

EL MANUSCRITO
DE
UNA MADRE,

NOVELA DE COSTUMBRES,

su autor

ENRIQUE PEREZ ESCRICH.

ILUSTRADA CON LÁMINAS TIRADAS APARTE Y DIBUJADAS

POR

D. Eusebio Planas.

Entregas 113, 114, 115, 116, 117, 118, 119 y 120.

MADRID.

JOSÉ ASTORT Y COMPAÑÍA, EDITORES.

Calle de las Hileras, número 14.

1872.

Cuaderno 16 de ocho entregas.

L47
2232

te vuelves á reunir con Santiago. Si el viejo acepta mis proposiciones, vienes á avisarme; si se niega, sitiadle por hambre hasta que yo decida otra cosa.

—Está bien, señor,—contestó Bonifacio.

Clotilde tembló, calculando que en la trama horrible que se proyectaba contra el doctor Samuel no llevaria la mejor parte su padre si por desgracia se descubria todo.

Pronto le indicó el silencio y la oscuridad que el general se habia acostado, y entonces regresó á su gabinete con los ojos enrojecidos por las lágrimas.

—Válgame Dios, señorita,—le dijo Rosa con su acento zalamero,—si esta malhadada aventura no termina pronto, vá usted á morir de tanto llorar.

—Sí, Rosa, sí, sufro mucho,—contestó Clotilde.

Y exhalando un profundo suspiro, añadió:

—¡Qué desgracia tan grande nacer mujer!

—¿Por qué, señorita?

—Porque se vé una siempre atada de piés y manos.

—¡Bah! no tanto como usted cree. Las mujeres tambien tienen su libertad, su libre albedrío, solo que para ello necesitan *hacer coraje*.

—No te comprendo...

—Digo que con un poco de resolucion pueden hacer muchas cosas. Yo en lugar de usted, en vez de llorar tanto, tomaria la resolucion de ir á ver al señorito Daniel para que me enterara de todo.

—¿Y cómo puede hacerse eso?

—Sencillamente, poniéndose una mantilla y saliendo de casa muy temprano.

—¿Y si mi padre lo sabe?

—¿Y por qué lo ha de saber?

Clotilde se quedó pensativa.

—Además, usted no vá á hacer una cosa mala.

—Dices bien; Dios, que vé mis intenciones... Pero tengo miedo.

—El miedo no proporciona nada bueno, es el peor de todos los consejeros. Créame usted, señorita, puesto que el general se ha acostado tarde y se levantará tarde, salgamos sin miedo al amanecer. Si nuestra escursion se descubre, darán luego una excusa, buscaremos un pretesto, por ejemplo, que hemos ido á ver á un enfermo.

Clotilde escribió la carta que ya conocen nuestros lectores, y alentada por Rosa, esperó la hora.

Se resolvieron á salir de casa á las seis de la mañana, hora en que no era fácil que nadie las viera, esceptuando el encargado de la portería, viejo criado de la casa que por nada del mundo hubiera dudado de su señorita.

Rosa, sin embargo, calculando que no seria aquella la última escursion, creyó muy del caso ganar la voluntad del portero con alguna dádiva y se lo indicó á Clotilde.

La hija de Lostan sacó dos monedas de á cien reales de su porta-monedas y se las dió á Rosa.

Ligera como una corza bajó la doncella á la portería, le entregó los doscientos reales al portero, que los recibió con tanto asombro como alegría, y le dijo:

—La señorita tiene precision de ir esta madrugada á ver á una pobre enferma y darle algunos recursos. Usted ya sabe el interés que la señorita se toma por los desgraciados que recurren á su buen corazon; pero el general le prohíbe que visite á enfermos. Es preciso, pues, que nadie sepa que ha salido la señorita. Estaremos poco tiempo fuera de casa.

El portero juró que callaria como un muerto, y segura Rosa de su discrecion, subió á participárselo á Clotilde.

Algunos minutos despues salieron sin ser vistas de nadie mas que del portero.

Rosa iba alegre, Clotilde temblando, porque, á pesar de su candor, comprendia que era una imprudencia el paso que daba.

El conde de la Fé iba ganando la partida, gracias á su secretario Castro y á la resuelta doncella; bien es verdad que tambien le ayudaba el amor naciente que sentia en su corazon hácia Daniel la hija del general Lostan.

Cuando Clotilde entró en la antesala de la alcoba del herido, cuando se vió frente á frente de Julio de Monforte, estaba pálida como la cera, temblaba y apenas podia articular una palabra.

El hermano de Blanca no estaba mas tranquilo ni menos pálido que la hija del general.

Porque Julio amaba en silencio á aquella jóven encantadora que le habia arrancado de los brazos de la miseria, y aquel amor, hijo de la gratitud y de la admiracion, era para él un imposible.

—¿Qué pensará usted de mí, Julio?—le dijo Clotilde en voz baja.

—Lo que he pensado siempre, que es usted un ángel, y los ángeles no deben ocuparse de las apreciaciones de los mortales, porque siempre se rigen por su conciencia purísima y sin mancha.

—Gracias, Julio, pero todos los hombres no albergan en su alma sentimientos tan puros, tan nobles como los de usted, y si alguno me hubiera visto penetrar en casa del conde de la Fé...

Clotilde se detuvo, llevóse la mano á la frente, sin duda para ocultar la turbacion que en aquel momento sentia, y despues de una corta pausa, añadió:

—¿Cómo sigue Daniel?

—Mejorando visiblemente. La juventud y la robustez son poderosos auxiliares para recobrar la salud.

—¿Sabia que yo iba á venir?

—Se lo participé tan pronto como recibí la carta.

—¿Y qué ha dicho?

—La alegría de su alma se ha pintado en sus ojos, se ha sonreído y no ha creído tanta ventura.

—¿Duerme?

—¡Dormir el que espera y ama!...

Esta exclamacion de Julio ruborizó á Clotilde.

—No es el amor lo que me conduce á esta casa,—añadió la hija del general.

—Entonces, si no quiere usted causar la muerte de Daniel, no mate usted las esperanzas, flores perfumadas que han brotado en su alma, dando vida al desfallecido cuerpo.

—El doctor Samuel se halla, según sospecho, amenazado de graves peligros y es preciso salvarle. Daniel tal vez podrá derramar alguna luz que ilumine la oscuridad en que me hallo.

—Aunque dudo mucho que mi amigo sepa nada de su anciano médico, creo, señorita, que debería usted, al preguntarle por Samuel, no matar sus esperanzas.

—¿Puedo entrar?

—Sí, estoy seguro que la está esperando á usted.

Y Julio, señalando con la mano la puerta que conducía á la alcoba del herido, añadió:

—Por allí, Clotilde.

—Tengo que pedirle á usted un favor.

—Que yo me apresuraré á satisfacer.

—Acompáñeme usted hasta donde se halla Daniel.

—Vamos.

CAPÍTULO IV.

Continuacion del anterior.

Efectivamente, Daniel esperaba á Clotilde con viva impaciencia.

Sentado en la cama, sostenida la cabeza débil por algunas almohadas, con la mirada fija en la puerta de la alcoba, eran para él siglos los minutos.

Poco avezado á las aventuras amorosas, se sentia conmovido, casi turbado, pensando en la inmensa felicidad de ver á Clotilde junto á su lecho, de oir su voz, quizás de sentir la dulce influencia de sus miradas.

Por otra parte, Daniel estaba estremadamente débil y la entrevista que iba á tener con Clotilde parecia aumentar su debilidad.

Cuando vió entrar por la puerta de la alcoba á Julio seguido de Clotilde, no pudo contener un grito, juntó las manos como si fuera á dirigirle una súplica y estendió los brazos.

Durante algunos segundos nadie tuvo bastante do-

minio sobre sí mismo para hablar, pues los tres se hallaban igualmente conmovidos.

Por fin Daniel exclamó:

—¡Gracias, Clotilde!... ¡gracias!... ¡Ah, qué buena es usted!... ¡Cuánto placer me causa viéndola cerca de mi lecho de dolor!...

—¡Ni yo misma puedo explicarme,—contestó Clotilde,—qué poder misterioso, qué fuerza desconocida me ha conducido hasta aquí!... Conozco que he cometido una imprudencia, que mi honra y buena reputación padecerían de un modo horrible si se llegara á saber que he venido á esta casa, y sin embargo, nada me ha detenido, porque un deber de conciencia, una voz misteriosa me decía al oído: «es preciso que veas á Daniel y que le preguntes qué lazos son los que unen al doctor Samuel con el general Lostan.»

El herido escuchaba á la jóven sin pestañear, como si oyera la voz de un ángel.

—Ignoraba que se conocieran,—contestó Daniel;—nunca el doctor allá en el pueblo me habló del padre de usted.

—¡Es extraño!—murmuró en voz baja Clotilde;—si no se conocían, ¿por qué le odia tanto?...

—¡Odiar!... ¿á quién?

—Á ese pobre anciano que hace algunas noches turba mi sueño, porque temo que le amenace alguna desgracia.

Daniel miró á Clotilde con la espresion del que no comprende una palabra de cuanto le dicen.

Julio entonces tomó parte en el diálogo para ilustrar á su amigo.

—Es que tú ignoras, querido Daniel, que tu anciano amigo ha desaparecido...

—¡Imposible! ¡Desaparecer el doctor Samuel!... ¡abandonarme cuando me hallo enfermo en una cama!... ¡No, eso no puede ser!

Julio esplicó todo lo que sucedia, es decir, que Samuel habia salido de casa del conde ofreciendo volver al momento y que desde entonces habian trascurrido tres dias sin verle mas.

—Entonces,—añadió Daniel con triste acento,—estoy seguro que al doctor le ha sucedido alguna desgracia.

Y como si esta idea que acababa de cruzar por su mente le espantara, volvió á decir:

—¡Ah! ¿por qué me hallo imposibilitado de moverme de esta cama?... ¡Yo le encontraria!...

—Todos le buscamos con afan, pero inútilmente,—dijo Julio.

—¿Sabe usted si el doctor tenia enemigos?—preguntó Clotilde.

—¡Enemigos un hombre tan justo, tan honrado, tan amigo del pobre! ¿puede tener enemigos el que solo se ocupa de hacer bien á sus semejantes?...

Esta exclamacion de Daniel era la mas completa apología del doctor.

—Sin embargo,—añadió Clotilde,—¿no recuerda usted si alguna vez allá en el pueblo nombraba á mi padre?...

—El nombre del general Lostan nunca le oí en sus labios.

—Todo esto es muy extraño,—murmuró Clotilde recordando las terribles amenazas que su padre dedicaba á Samuel.

—Tambien á mí, señorita, me estraña el odio que me profesa el general,—añadió Daniel;—pero todo lo olvido viéndola á usted á mi lado y leyendo en su mirada el interés que le inspiro.

La conversacion tomaba otro giro, y Julio, temiendo oir términos que le atormentaran, aprovechó un momento para salir de la alcoba.

Clotilde y Daniel se quedaron solos.

—Pero sí, sí, es justo que el general me odie, me deteste, pues he tenido atrevimiento para elevar desde mi humildad los ojos á usted, que tanto vale y tan alta posicion ocupa.

Clotilde, oyendo á Daniel, comenzaba á olvidarse de Samuel.

La hija del general se hallaba muy cerca de la cama y maquinalmente dejó caer una mano sobre el borde del lecho.

Daniel fijó con pasion los ojos en aquella mano pequeña y sonrosada, y no pudiendo contener el deseo de estrecharla entre las suyas, se olvidó de su natural cortedad y la cogió.

Clotilde se hallaba tan turbada, tan conmovida, que no se ocupó de retirar la mano.

Para comprender el efecto, la emocion que causa

estrechar la mano de la mujer querida, es preciso haber amado de todo corazón.

Daniel sintió que su cuerpo recobraba nueva vida y que su alma volaba por paraísos desconocidos, llenos de perfumes embriagadores.

—Es usted un ángel, Clotilde,—esclamó Daniel,—un ángel que llega junto al lecho de un pobre enfermo para devolverle la salud con el mágico poder de su mirada, para darle la vida con su presencia. En este momento, el mas dichoso de mi existencia, no me trocaria por nadie en el mundo, y sin embargo, ¿qué importa que yo ame con toda mi alma cuando ignoro si soy amado?... Si de esos labios, cuya frescura envidian las rosas de Mayo, brotara para mí una palabra de esperanza, si yo pudiera abrigar en el fondo de mi pecho la seguridad de ser correspondido algun dia, ¡oh, entonces!...

Daniel no pudo concluir la frase, porque le faltaba fuerza á la garganta para formar las palabras.

Clotilde, que ni le habia interrumpido una sola vez ni habia retirado la mano que el jóven herido conservaba entre las suyas, fijó sus hermosos ojos en el pálido semblante de Daniel y dijo con una ingenuidad encantadora:

—Daniel, usted se halla muy débil y temo que mi presencia le haga daño.

—¡Hacerme daño cuando me dá la vida!...—esclamó el huérfano.—¡Ah, no, Clotilde, no!... La presencia de un ángel solo produce bien á los pobres enfermos. Además, ¡es tan hermoso el amor!... ¡es tan bella la espe-

ranza!... esencias purísimas del alma que yo busco en esos ojos con el afán que el sediento viajero la codiciada fuente.

Clotilde suspiró. Las palabras de Daniel iban infiltrándose en su corazón.

De repente, la hija del general Lostan comprendió que era una imprudencia prolongar por mucho tiempo aquella entrevista, y retirando la mano, dijo:

—Daniel, es preciso que nos separemos.

—¡Separarnos sin oír de esos labios una palabra que resuene dulcemente en el fondo de mi pecho!...

Y Daniel, incorporándose y volviendo á coger una de las manos de la jóven, añadió con inspirada entonación:

—Clotilde, de esos labios está pendiente mi vida ó mi muerte. Yo llegué á Madrid sin haber sentido en mi corazón otro amor que el que había sabido inspirarme la santa mujer que me dió el sér y que hoy descansa para siempre en el fondo de una tumba. La ví á usted y sentí dentro de mí algo desconocido, algo que sublimaba mi pensamiento, elevando mi alma á otras regiones. ¡Era el amor que llamaba á las puertas de mi corazón dormido, era que amaba y que sentía por la vez primera el fuego de una pasión que será la última! Creo, Clotilde, que mi amor es una locura, un rasgo de vanidad indolente; pero ni yo puedo rechazarlo ni obedecería mi voluntad aunque lo pretendiera. Usted podrá tratarme de soberbio, podrá despreciarme, pero yo seguiré amándola, no porque sea usted la hija del general

Lostan, la heredera de un grande de España, sino porque es usted la viva encarnacion que ha soñado mi alma, el hermoso ideal que anhelaba mi corazon.

Y deteniéndose un momento para exhalar un suspiro, añadió:

—Todas estas declaraciones que acabo de hacer y que á mí mismo me asombran, no son hijas de esa vana palabrería que se emplea en las grandes ciudades para engañarse mutuamente. Habla mi alma, no mi boca; mi corazon, no mi cabeza; porque, educado en un pequeño pueblo por una madre que era una santa, no aprendí nunca la mentira, ni conocí jamás la falsedad; por eso desde el dia que ví á usted por la primera vez y comprendí que mi vida, mi segunda naturaleza, la necesidad de mi alma consistia en amar y ser amado de usted, me dije: «tú se lo dirás cuando tengas ocasion. Si ella dá crédito á tus palabras, si ella llega á amarte, entonces la existencia será para tí un paraíso lleno de perfumes, de luz, de poesía; pero si le rechaza, si se rie de tus pretensiones, si ama á otro, volverás á tu aldea á llorar tu error junto á la solitaria tumba de tu madre.»

Las sentidas palabras de Daniel arrancaban lágrimas á los ojos de Clotilde, que, trémula y agitada, contestó en voz baja:

—¡Por qué me ama usted tanto, Daniel!...

—Porque el amor que usted me ha inspirado es una necesidad de mi alma; yo no puedo, no tengo fuerzas para rechazarlo mientras aliente mi pecho.

—¡Ah! ¡creo que seremos muy desgraciados!

Esta exclamacion brotó del alma de Clotilde.

—No es desgraciado el que ama y es correspondido.

—Mi padre se opone,—contestó con tembloroso acento la jóven.

—¿Tiene razon para ello?

—Lo ignoro.

—Si el general es justo, tiene un medio para impedir que yo ame á su hija.

—¿Cuál?

—Probarme que soy indigno de ella.

—¿Y cómo puede probarse eso cuando usted tiene tan nobles, tan hermosos sentimientos?

—Si él lo prueba, yo juro por la memoria de mi madre, por el mismo amor que á usted profeso, que en el mismo momento que tal consiga dejaré de existir.

Daniel pronunció estas palabras con tanta entereza, que Clotilde no tuvo la menor duda de que cumpliría su ofrecimiento.

Cada vez mas conmovida, contestó una de esas frases que descubren el estado del espíritu, que indican la aproximacion del momento en que se declara vencida la mujer.

—¡Por qué nos hemos conocido!

—Porque Dios, al colocarnos al uno frente del otro, ha querido que nos amáramos.

—¡Tal vez!—murmuró Clotilde.

—El mañana de la criatura es un misterio, nadie

puede leerlo. Dios solo sabe lo que hay escrito en el libro del porvenir. Clotilde, yo amo á usted y necesito saber si soy correspondido. La esperanza es un bien, es la alegría de la vida, el perfume del pensamiento, la luz bellísima del alma; pero no tema usted en arrancarla de mi pecho, pronuncie usted mi sentencia, yo la sufriré resignado sin exhalar una queja.

—Pues bien, Daniel,—contestó Clotilde dejándose llevar de lo que sentia su corazon,—yo no puedo decir usted que no le amo, porque si usted me fuera indiferente, ni hubieran derramado tantas lágrimas mis ojos desde que se halla usted en ese lecho, ni hubiera cometido la gran imprudencia de venir á verle.

—¡Ah! ¡luego entonces!...

—Sí, sí, ¿para qué negarlo? yo amo á usted, aunque presiento que este amor es un imposible.

Y como si temiera permanecer mas en aquel sitio despues de la declaracion que acababa de hacer, salió precipitadamente de la alcoba, llegó á la antesala y dijo á Rosa, que la estaba esperando allí:

—Vamos, vamos, Rosa.

Luego desaparecieron.

Julio la vió partir sin comprender la causa de aquella precipitada fuga.

Vaciló un momento: Clotilde ni siquiera se habia despedido de él, ni habia reparado en su presencia.

Sintió un dolor agudo en el fondo de su corazon, y despues de permanecer un momento indeciso, entró en la alcoba.

—¿Qué ha pasado aquí?—preguntó á Daniel.—¿Por qué se marcha Clotilde tan precipitadamente?

—¡Ah, querido Julio!—contestó el herido,—¡soy el hombre mas feliz de la tierra! Clotilde me ama, sí, me ama, sus hermosos labios acaban de decírmelo; ¡bendita sea mil veces!

Julio sintió que le flaqueaban las piernas, se sonrió tristemente, y dejándose caer en una butaca, dijo:

—Ya lo sabia y te doy la enhorabuena; ahora solo falta convencer al general, y de eso Clotilde se encar-

CAPÍTULO V.

La fé de la juventud.

El conde de la Fé habia oido lo bastante para sonreirse como lo hubiera hecho Mefistófeles y frotarse las manos con el placer de un comerciante satisfecho de un buen negocio.

—Creo, amigo Castro,—le dijo á su secretario, que se hallaba á su lado,—que hemos ganado la partida; nunca hubiera creido que Daniel se portara tan bien: no puedo quejarme... ha hecho progresos en la carrera del amor, estoy contento y la cosa marchará viento en popa.

—Aquí lo importante, señor conde, es que Daniel se restablezca pronto, porque no me cabe duda de que la señorita Clotilde volverá á verle.

—¡Oh! en cuanto á eso, pierda usted cuidado, señor Castro, cuando el amor se despierta de veras en el corazón de una jóven, la pone en el caso de hacer muchas tonterías. El amor y la locura son primos hermanos. Ellos vendrán en nuestra ayuda. Ahora vamos á ver al enamorado Daniel.

—Dispense usted, señor conde, yo tengo que ir á otra parte.

—¿Dónde?

—A ver á mi protegida Rosa.

—¿A la doncella de Clotilde?

—Sí.

—Comprendo,—añadió sonriéndose el conde.

—Es preciso demostrarle nuestro agradecimiento.

—¿Tiene usted dinero?

—Sí, aun me queda en caja lo bastante para hacer frente á los gastos del naciente amor de nuestros protegidos.

Y Castro, saludando, salió de aquella pieza.

El conde de la Fé se dirigió á la habitacion del herido.

Antes de penetrar en la alcoba, se detuvo, pues estas palabras pronunciadas por Daniel con una energía impropia de su débil estado, llegaron á sus oídos:

—¡Sí, Julio, sí, soy feliz, verdaderamente dichoso! ¡ella me ama!... ¡su voz dulce y apasionada resonó en mi alma, el fuego de sus ojos penetró en mi pecho, abrazando mi corazón!... Su misma fuga, su rápida retirada, que al pronto me llenó de pena, es una prueba de que soy correspondido.

Julio escuchaba á su amigo con la resignación de los mártires que caminan hacia el patíbulo, viendo con la sonrisa en los labios los instrumentos que han de triturar sus huesos.

Daniel no comprendía que sus palabras entusiastas

rompian las mas delicadas fibras del corazon de su amigo.

Pero, ¡quién piensa en el dolor cuando rebosa su pecho de felicidad! ¡quién se ocupa del infeliz hambriento cuando, llena la copa de espumoso Champagne, brinda por los hermosos ojos de la mujer que, adormecida voluptuosamente por las fatigas de la digestion, nos sonríe y nos envía un beso!

Daniel era en aquel instante demasiado feliz para ocuparse de nada mas que de su felicidad.

Para estudiar el estado de un alma ó la predisposicion de un espíritu en ese libro que se llama la fisonomía, se necesita tener el ánimo tranquilo, la mirada serena, ser, en una palabra, un filósofo, un gran conocedor del corazon, uno de estos hombres dotado por la naturaleza de una razon fria é imperturbable.

Pero Daniel no podia tener en aquel momento las bellas dotes de La Breyère ó de Balmes.

—Sí,—contestó Julio despues de una pausa que habia sido para él un poema doloroso,—Clotilde te ama. He oido su voz conmovida, la he visto salir turbada y confusa hasta tal punto, que ni siquiera ha reparado en mí.

—Dime, Julio,—añadió Daniel cambiando de entonacion,—¿crees tú que el general cederá por fin? ¿consentirá, viendo la pureza de mi amor, en darme la mano de su hija?

—¡Ah, querido Daniel!... mucho siento decirte que el general es un hombre de carácter de acero. Domi-

nado por la ambicion, deseando que su hija ocupe una elevada posicion, desea, sin duda, darle un príncipe por esposo, y tú...

—Y yo soy un pobre huérfano, ¿no es verdad, Julio?

Monforte guardó silencio. Este silencio era una respuesta afirmativa á la pregunta que acababa de dirigirle.

En este momento se presentó el conde en la alcoba.

—Querido Daniel,—dijo acercándose á la cama con la sonrisa en los labios,—esos temores que te preocupan quedan desvanecidos desde el momento en que yo te reconozco como á mi hijo y te nombro heredero de mi fortuna.

—¿Lo oyes, Julio?—añadió Daniel, que apenas podia contener su alegría.—El conde es tan generoso con este pobre huérfano, que siempre viene á reanimar sus esperanzas.

—He vivido siempre solo y apartado de los hombres, como Diógenes el cínico, hasta la edad de los sesenta años; no me he cuidado si mis semejantes se ocupaban en maldecirme ó bendecirme; pero llegó para mí la hora del arrepentimiento, y tengo, por decirlo así, hambre de ser amado. Si logro que Clotilde sea tuya, si por mi mediacion os hago felices, tendreis que amarme por fuerza, y este amor pagará con creces todos los beneficios que pueda haberos hecho este viejo que solo ambiciona que le ameis como á un padre y sufrais sus impertinencias.

Estas palabras fueron pronunciadas con una entonacion dulcemente hipócrita.

Daniel derramaba lágrimas al escucharlas, y Julio, grave y melancólico, admiraba la nobleza de aquel anciano, cuya frente, coronada de canas, abrigaba algo de Maquiavelo y del fantástico Mefistófeles.

—Vamos, ¡qué diantre!—añadió el conde,—no quiero que te aflijas, todo se arreglará del mejor modo posible. Dichosos los viejos que contribuyen á la felicidad de los jóvenes.

Y como Daniel se hallaba tan conmovido que le faltaban las fuerzas para ligar las palabras, el conde, cogiéndole una mano y estrechándola cariñosamente, añadió:

—Si el general desechara nuestras proposiciones, si desoyera la voz del amor, si le fuera indiferente vuestra felicidad, ¡oh! entonces tendria que habérselas conmigo; lucharíamos de posicion á posicion; si él es marqués, yo soy el conde de la Fé; si él tiene millones, yo tengo mas. Animo, pues, que, teniéndolo, no tardará mucho en brillar sobre tu frente el hermoso sol de la felicidad, de esa felicidad que comienza con un suspiro y concluye con lo que la gente ha dado en llamar en el lenguaje familiar la luna de miel.

Y el conde, dejando asomar á sus delgados labios una sonrisa fria, penetrante, intencionada como la de Voltaire, repuso:

—Yo en tu lugar me ocuparia poco de ese orgulloso noble de nuevo cuño. Si te ama su hija, si ella, esponiendo su honra, viene á verte, ¿qué te importa el general? Todas las guardias pretorianas de Octavio Augusto

no fueron bastante para salvar á Julia del amor de Ovidio, y...

El conde se detuvo, comprendió que si se dejaba llevar de su oratoria, podia venderse á sí mismo; pero ¡vano temor! Daniel era tan feliz, que toda su imaginacion estaba llena de luz, de poesía, de amor.

Julio estaba en uno de esos momentos en que la mente se puebla de tristes pensamientos, de ideas melancólicas, y tal vez en vista de la futura felicidad de su amigo, la envidia, esa lepra del alma, esa enfermedad del espíritu, madre de la tristeza, asomaba por la primera vez en su vida en el fondo de su pecho.

Pero los corazones nobles la desechan pronto con indignacion, y Julio, necesitando respirar otro ambiente, buscó un pretexto para salir de aquella alcoba, cuya atmósfera le ahogaba.

—Voy á retirarme por algunos momentos; volveré pronto, en cuanto salude á mi madre. Hasta luego, querido Daniel.

Un momento despues, el huérfano y el conde se quedaban solos.

CAPÍTULO VI.

Donde el conde esplana sus teorías.

—Puesto que nos hemos quedado solos,—dijo el conde,—vamos á hablar de tus amores como deben hacerlo dos hombres serios.

—¡Oh! ¡hablemos de Clotilde siempre!... es una conversacion que no me cansa nunca.

—Lo comprendo, porque te hallas en la edad de las ilusiones.

—Que es la mas hermosa edad de la vida.

—Sí, tienes razon; pero, en cambio, como no se tiene mucha esperiencia, se cometen muchas tonterías, que luego se lloran cuando se llega á la edad de los desengaños. Créeme, Daniel, lo único que yo ambiciono en este mundo es tu felicidad. Cuando el hombre que ha gastado la vida con cierto lujo, llega á los sesenta años, el tiempo, esa mano de plomo que cae sobre la criatura para inclinarle la frente hácia el sepulcro...

—¿Á qué hablar de la muerte?

—Porque los hombres cuerdos y precavidos deben,

cuando están llenos de vida, cuando la felicidad les sonríe por todas partes, pensar algo en el mañana. Pero hablemos de tus amores.

—No deseo otra cosa.

—Supongamos por un momento,—añadió el conde,—que dentro de unos días, cuando te halles completamente restablecido, yo, que hago las veces de tu padre, me presento en casa del general.

Daniel se estremeció.

—No te inquietes ni te sobresaltes, ya te he dicho que vamos á hablar con la frialdad de dos hombres serios. No me guíe otro móvil que tu bien. Dispongamos las cosas con cierta cordura, seamos precavidos.

Y el conde, aspirando un poco de aire como para dar fuerza á sus pulmones, repuso:

—Pues como iba diciendo, llega el día, no muy lejano, en que yo me presento en casa del general y le pido para tí, que eres mi ahijado, la mano de Clotilde. Puede calcularse, llegado este caso, que de cien probabilidades, tenemos en contra noventa y nueve, es decir, que nos dá una negativa.

—¿Cree usted...

—¡Oh! en cuanto á eso no me cabe la menor duda. Dejando aparte el poco cariñoso recibimiento que le mereceré al orgulloso marqués, tengo la seguridad de que me dirá que no; pero tenemos un medio para que nos diga que sí.

—¿Y qué medio es ese?—preguntó precipitadamente Daniel.

—El medio es infalible, pero tal vez tú no tengas valor para ponerlo en juego.

—Tendré valor para todo, con tal de que Clotilde llegue á ser mi esposa.

—Allá veremos.

—Hable usted pronto.

—¿Tanta es tu impaciencia?

—¡Ah! mucha, señor conde.

—¿Por qué no me llamas padre?

—Pues bien, padre mio, hable usted por Dios, dígame qué debo hacer para que Clotilde sea mia, para que su padre no me niegue su mano.

El conde guardó un instante de silencio, como si se gozara en la impaciencia de Daniel.

—Pero, ¿á qué viene esa pausa?—le preguntó el jóven.

—Porque temo, hijo mio, que el medio que voy á proponerte, y el único que tienes para conseguir tu objeto, te disguste.

—¡Vano temor! ¿puedo yo ofenderme con usted, que es mi salvador, que solo desea mi felicidad?

—Dices bien.

—Hable usted pronto.

—Si quieres que Clotilde sea tuya, si deseas que su padre acceda á concederte su mano, es preciso que, así como te has apoderado de su alma y su corazón, te apoderes también de su honra.

—¡De su honra!—repitió Daniel con asombro.—
¿Puede deshonorarse á la mujer que se ama con toda el

alma?... ¿por la misma que no se vacilaria en sacrificar hasta la vida?

Estas palabras demostraban la pureza del alma de Daniel.

El conde las escuchó agitando tristemente la cabeza, se sonrió de un modo melancólico y dijo:

—Á tu edad se miran las cosas de un modo muy distinto que á la mia, y eso es una gran desgracia.

—¡Pero usted me propone deshonorar á Clotilde!

—¡Bah! porque solo así será verdaderamente tu esposa.

Daniel se llevó la mano á la frente como si su razon no comprendiera lo que le proponia el conde.

—Supongamos por un momento,—añadió don Fernando con gran pausa,—que cuando yo me presente en casa del general á pedirle la mano de su hija, me arroja de ella ignominiosamente, desechando mis proposiciones, y pocas horas despues toma el ferro-carril, y para distraer á Clotilde, se marcha á Francia, á Italia ó Alemania.

—¿Marcharse Clotilde?

—Sí, porque su padre la obligará á ello.

—¿Y por qué razon?...

—Para alejarla de tu lado.

—En ese caso, yo la seguiré por todas partes,—contestó Daniel con entusiasmo,—seré su sombra, y ó tendrá el general que matarme ó concederme la mano de su hija.

—¡Bah! siguiendo mis consejos, no necesitas tomarte

esa molestia, porque entonces, en vez de rogar, serias rogado, y el general, á pesar de su necio orgullo, de su ridícula vanidad, no tendria otro remedio que entregarte la mano de su hija y aceptarte por yerno.

—¡Pero lo que usted me propone es la deshonra de Clotilde!...

—Sí, una deshonra pasajera, momentánea y que desaparecerá tan pronto como le des el nombre de esposa.

—¿Y cree usted que esa jóven, tan bella como virtuosa, se entregará á los deseos brutales de un hombre?

—Querido Daniel, esa pregunta necesita, antes de contestar á ella, una esplicacion. Si Clotilde te ama, si cree que su felicidad consiste en llamarse tu esposa, buscará todos los medios para conseguir la realizacion de las aspiraciones de su alma. El medio mas seguro es el que acabo de indicarte; ella lo comprenderá como lo he comprendido yo. Además, tú no eres un hombre cualquiera para Clotilde: eres su amante, el elegido de su corazon, y el amor verdadero no se detiene ante los escrúpulos hipócritas de la sociedad.

Daniel guardó silencio, como si le repugnaran los consejos de su protector.

Para él, ofender tan solo con una mirada á Clotilde, era un crimen.

El conde, comprendiendo el estado en que se encontraba el espíritu de su hijo adoptivo, y firmemente dispuesto á no retroceder en el camino que habia empen-

dido, añadió, procurando dar á su acento una entonacion dulce y paternal:

—Hijo mio, yo siento que tu falta de mundo, que tu poca esperiencia no te dejen comprender que solo tu felicidad mueve mis labios, que solo tu bien y el de Clotilde dictan los consejos que acabo de darte. Si os andais con escrúpulos, si entraís en el terreno de las apreciaciones, no lograreis jamás vuestros deseos.

Y como Daniel continuaba callado, el conde hizo un movimiento de hombros y añadió:

—Yo podria citarte muchos ejemplos para convencerte de que si aspirais á casaros y ser felices, no os queda otro remedio que seguir mis consejos.

—Pero ¿usted cree que Clotilde los aceptaria?—preguntó Daniel.

—Vuelvo á repetirte que el amor lo allana todo. ¡Ah si tú conocieras á las mujeres!

—Conozco á Clotilde lo suficiente y tengo la persuasion de que preferirá ser desgraciada toda su vida á conseguir la felicidad dándome en prenda su honra.

—El amor lo purifica todo,—repuso el conde.—La mujer que se entrega por amor á un hombre, adquiere un grado de sublimidad que la enaltece á los ojos del mundo. Recuerda la historia, gran ejemplo del presente, y en ella hallarás consignados los nombres de muchas mujeres célebres que inmortalizó el amor; podria citarte gran número de ellas, pero no quiero fatigar tu débil imaginacion.

Daniel comenzaba á aturdirse. Todo cuanto le decia

su protector, lo juzgaba hijo del vivo interés que por él sentia; pero su alma pura, su corazon sencillo rechazaba las teorías del conde.

Pensaba para sí que era ofender á Clotilde tocar ni un solo cabello de su cabeza; pero al mismo tiempo conocia que el medio indicado por el conde era el mas seguro para conseguir la victoria.

—¡Ah! ¡quién sabe si Clotilde volverá mas á verme!...—esclamó Daniel despues de un momento de pausa.

—Mucho lo temo,—contestó el conde,—sobre todo si el general llega á sospechar que ha venido á visitarte, paso que él juzgará imprudente, y con sobrada razon.

—No lo sabrá,—añadió Daniel.

—El general tiene muchos criados, y nada tan fácil como que uno venda á Clotilde. Si esto sucede, mañana no podrá verte mas. Se le cerrarán las puertas, se la espiará ó se la llevará al extranjero, y pondrá de su parte todos los medios imaginables para que no se repitan las entrevistas. Créeme, Daniel, si Clotilde vuelve, aprovéchate cuanto puedas para comprometerla; de lo contrario, no será tu esposa: conozco al general y sé que no consentirá nunca en dar la mano de su hija á un jóven que no conoce á su padre.

El conde acababa de herir la fibra mas sensible del corazon del huérfano.

Daniel exhaló un suspiro, y llevándose la mano á la frente, murmuró en voz baja:

—Sí, dice usted bien... el general no entregará la mano de su hija á un bastardo, aunque el conde de la Fé le prohije y le deje su inmensa fortuna. Sobre mi frente verá siempre ese orgulloso marqués un signo de oprobio y de vergüenza, se mostrará inexorable, se reirá de mis ridículas y soberbias pretensiones...

—Y Clotilde,—añadió el conde interrumpiéndole,—perdido el entusiasmo del primer momento, enfriado el amor que hoy siente por tí su corazón, obedecerá las órdenes de su padre y acabará por amar á otro y ser su esposa.

Los ojos de Daniel brillaron de un modo amenazador. El conde comprendió que su protegido se hallaba en buenas disposiciones, pues los celos y la rabia comenzaban á germinar en su corazón.

Comprendió que era preciso no desaprovechar las buenas disposiciones en que se encontraba y continuó de este modo:

—La mujer es generalmente voluble: ama con entusiasmo, con locura, pero olvida fácilmente; tiene un momento en su vida, un cuarto de hora que el hombre debe aprovechar. Después, ella misma se ríe del que ha creído amar con toda su alma. ¡Ah, si la juventud tornara!... si fuera posible nacer dos veces, ¡cuántas lágrimas, cuántos dolores nos evitaríamos los hombres!

Y el conde, fijando su penetrante mirada en el joven, que permanecía triste, inmóvil, meditabundo, añadió:

—Hijo mío, voy á dirigirte una pregunta: ¿tienes confianza en mí? ¿crees que te amo como un padre?

—Señor conde, si yo desconociera eso, si yo dudara un momento del cariño desinteresado que usted me profesa, seria el mas ingrato de los hombres.

—Pues bien, si crees en la bondad de mis intenciones, si me amas como un buen hijo, si ambicionas ser el esposo de Clotilde, reten en tu mente los consejos que acabo de darte, y el sol de la felicidad brillará muy en breve sobre vuestras jóvenes cabezas. Pero yo te he fatigado mucho y estás aun bastante débil. Descansa algunos momentos, y si mañana viene á verte Clotilde, será una prueba inequívoca del grande amor que te profesa. Hasta luego, hijo mio.

El conde era un hombre que conocia perfectamente el corazon humano.

Daniel necesitaba estar solo; pensar y decidirse en tan grave cuestion.

Salió, pues, el conde de la alcoba sonriéndose maliciosamente, pues tenia la seguridad de que sus consejos se habian grabado en el corazon de Daniel.

CAPÍTULO VII.

Donde se demuestra la influencia de trescientos duros.

La noche del día que nos ocupa, Julian, el cazador de oficio, se hallaba sentado en uno de los bancos de pino del ventorro del Canal. Tenia delante á Leandro, y ambos fumando y con los codos apoyados en una mugrienta mesa, hablaban en voz baja.

—¿Crees tú que Chamorro querrá tomar cartas en este asunto?—preguntó Julian al ventero.

—Chamorro tiene apego al dinero, y sabido es que por dinero baila el perro,—contestó Leandro.

—¿Vendrá esta noche?

—Sí, le he convidado á cenar; si no ocurre novedad en la casa, estará aquí á las diez.

Julian miró la esfera de su reloj de plata y dijo:

—Faltan treinta y cinco minutos; me gustaria que fuese puntual, porque en el caso de que se decida á tomar una parte activa en el asunto que aquí nos reúne, el tiempo es oro para nosotros.

—Chamorro,—añadió Leandro,—se hubiera decidi-

do desde el primer momento, al enseñarle algunas onzas de oro, pero hay un hombre á quien respeta y teme, el cual le hace andar indeciso y caviloso.

—¿Quién es ese hombre?

—¡Toma! ¡quién ha de ser! el jefe de la policía secreta, el señor Quesada.

—Pero aquí se trata de hacer una obra meritoria.

—El guardian de la *Casa Blanca* no entiende de obras meritorias. Hace muchos años que está fuera de la ley. Quesada le protege, y Chamorro sabe muy bien que el día que al jefe de la policía se le antoje, le encerrará bonitamente en un calabozo del Saladero, y aprovechando una buena ocasion, le enviará á Ceuta con una cadena larga colgada de la pierna derecha.

—Querido Leandro, es preciso disipar ciertas preocupaciones de la mente de ese hombre. Sin el auxilio del guardian de la *Casa Blanca*, creo de todo punto irrealizable nuestro pensamiento. Necesitamos, pues, comprar á Chamorro. De poco serviría que nosotros penetráramos resueltamente por la cueva, si no contamos con un aliado dentro de la casa.

—Eso mismo he pensado yo.

—Aquí todo se reduce á salvar la vida á un pobre anciano inocente de toda culpa. Una imprudencia por nuestra parte podría darnos un resultado contrario. Para hundir un puñal en el corazon de un hombre basta un minuto, un segundo. Nosotros debemos procurar que los enemigos del doctor Samuel no dispongan de ese segundo.

—Sí, eso es cierto; pero ya te he indicado un medio que podría, al mismo tiempo que sernos ventajoso, borrar el rastro de nuestras huellas.

—Pegarle fuego á la casa,—añadió Julian sonriéndose.—No me disgustaría el medio si tuviera seguridad de sacar al doctor Samuel sano y salvo.

—¿Olvidas que el doctor Samuel puede salir, auxiliado de nosotros, por la galería de la cueva?

—Amigo Leandro, eso es muy dudoso mientras Chamorro no se decida á abrirnos la plancha de hierro que dá paso á la cueva.

Aquí llegaba la conversacion de los dos amigos, cuando un gruñido del perro del ventorro indicó que alguna persona se acercaba hácia aquel sitio.

El perro, que se hallaba echado debajo de la mesa, se dirigió á la puerta ladrando desesperadamente.

Julian sacó precipitadamente una botella del bolsillo del pecho del chaqueton, y entregándosela á Leandro, le dijo:

—Tal vez Chamorro se acerca hácia la venta. Los ladridos del perro nos anuncian una visita. Si cede á nuestras proposiciones, emprenderemos nuestro camino inmediatamente; pero si se niega, si pone algun obstáculo, ya sabes que estoy resuelto á todo. Y bastará que beba una copa del vino de Jerez que contiene esa botella para que disfrute un profundo y dulce sueño por espacio de seis ú ocho horas.

—Pero...

—No admito excusas. Te he dicho que estoy dis-

puesto á arriesgarlo todo por salvar la vida de ese hombre. Durante el sueño de Chamorro, tú, vestido con su ropa, entrarás en la *Casa Blanca* mientras yo penetro por la cueva. Dos son los guardianes que espian el menor movimiento de Samuel. Dos somos nosotros, con la ventaja de que á nosotros nos guía una idea noble, digna de elogio, y ellos tratan de cometer una infamia asesinando á un pobre viejo. Si hay Providencia arriba y justicia abajo, la victoria será nuestra.

—Sin embargo, Julian, ten en cuenta que en este negocio puede arriesgarse la vida.

—Sí, pero en cambio de esa vida que se arriesga, se ganan quinientos duros y el aprecio y estimacion de las gentes honradas.

Leandro se rascó el cogote con el índice de la mano derecha, y haciendo un gesto para demostrar que nunca habia envidiado el final de los mártires, añadió:

—Amigo Julian, te he dado mi palabra y estoy dispuesto á ayudarte; no se hable mas del asunto.

Colin no habia cesado en sus ladridos, y con una tenacidad y un arrojo propio de los leones del desierto introducía su diminuto hocico debajo de la puerta, buscando, sin duda, las pantorrillas del inoportuno caminante que venia á interrumpir la tranquilidad de los huéspedes del ventorro.

Sonó un golpe seco, producido por una mano enérgica, pesada.

—Es Chamorro,—dijo Leandro levantándose.

—Abre, pues.

Leandro dió una patada poco misericordiosa á Colin, que se retiró, lamentándose como Jeremías, á un rincón del hogar, y abrió la puerta.

—Buenas noches,—dijo Chamorro entrando en la venta con una de esas voces empañadas por el alcohol.

Una ráfaga de viento apagó la luz, y Leandro, después de soltar una de esas interjecciones que la moral no permite nunca consignar en letras de molde, cerró la puerta y dijo:

—El que tenga fósforos que encienda la luz.

—Mucho viento hace, amigo Chamorro,—repuso Julian;—pero á los hombres como nosotros no debe arredrarles nada cuando se trata de pasar un rato agradable junto á una mesa, en franca y buena armonía.

—Había dado mi palabra y yo no falto nunca á ella.

—Leandro, cenaremos cuando quieras,—añadió Julian.

—Al momento. La cena es fiambre y los convidados gente de poco cumplido. Una pierna de carnero, una tortilla en escabeche, pimientos en adobo y queso manchego es el banquete que esta noche voy á daros, con una cuartilla de vino de Arganda, para que no se os queden entre espalda y pecho detenidos los manjares.

—Pues manos á la obra, que el comer y el hablar á un tiempo no es cuestión nueva.

Leandro dispuso la cena con gran soltura, y aunque los manteles no tenían la blancura de la nieve ni el

perfume del jazmin, los convidados comenzaron á dar buena cuenta de los manjares, humedeciéndolos con frecuentes tragos.

Durante tres minutos Chamorro, grave, taciturno y silencioso, comia con buen apetito, sin ocuparse de ciertas miradas de inteligencia que cambiaban Julian y Leandro.

Por fin el cazador de oficio, que era el mas interesado en el asunto que nos ocupa, creyendo llegado el momento, como vulgarmente se dice, de hablar de su pleito, dijo:

—¿Qué novedades hay por la *Casa Blanca*, amigo Chamorro?

El preguntado se encogió de hombros, miró con sonolientos ojos á Julian, y haciendo una de esas muecas tan peculiares á los presidarios, contestó:

—En la *Casa Blanca* no sucede nada de particular. El viejo sigue encerrado en su jaula y sus guardianes continúan con el rostro cubierto y sin darme parte alguna de sus intenciones, que, aquí para *inter nos*, no deben ser muy santas.

—¿Has meditado bien las proposiciones que te hice ayer?

—Sí. He pensado con detenimiento.

—¿Y qué decides?

Chamorro se cogió el labio inferior con el índice y el pulgar de la mano derecha, y haciendo chasquear la lengua de un modo seco, como si hubiera chocado una piedra contra otra, añadió:

—Lo que tú me propones tiene un lado bueno y otro malo. Si te ayudo á abrir la jaula al pájaro, hago, segun tú dices, una obra meritoria y me gano algunos pesos duros. Por esta parte todo vá bien; pero hay un hueso y temo mucho que al roerlo se me rompa algun colmillo.

Julian llenó el vaso de Chamorro, y con una calma impropia de las circunstancias añadió sonriendo:

—Aquí nos hemos reunido para hablar con la franqueza de buenos y verdaderos amigos. Yo propongo. Vosotros aceptais ó no aceptais. Se trata de hacer una obra de caridad, de esas que todas las personas honradas enaltecen y aplauden, y al mismo tiempo se gana dinero: veamos, pues, qué hueso es ese que te dá miedo roer.

—Nada me gusta tanto como la franqueza,—añadió Chamorro.—Yo no trato de santificarme á vuestros ojos. Como sabeis, tengo algunas cuentas pendientes con la justicia y con la policía. Me ven libre y hacen, como vulgarmente se dice, la vista gorda. El señor Quessada, que puede perderme, me ha dado el destino de conserje de la *Casa Blanca*. Él me ha dicho: «Sin una orden mia no dejarás salir á este hombre.» Ya comprendereis que si yo falto á las órdenes de mi protector, él puede mañana bonitamente reconvenirme y mandarme al Saladero. Me decís que el que está preso es inocente. Yo ni lo pongo en duda ni lo creo. Si es inocente, creo que no hay necesidad de que armemos un escándalo para salvarle. Es mas sencillo presentarse en

el Gobierno civil, preguntar por el jefe de la policía y contarle el caso.

—¿Has concluido?—preguntó Julian con gran calma.

—Sí, ya he dicho todo lo que tenía que decir.

—Pues bien, ahora voy á hablar yo.

Leandro, durante este diálogo, no habia desplegado los labios, pero para entenderse con Julian, empleaba el lenguaje espresivo de los ojos. Por eso, sin duda, de vez en cuando dirigia miradas furtivas hácia el armario en donde poco antes habia dejado la botella del vino de Jerez, compuesto por la inteligente mano del doctor Mendez.

Aquella botella era, por decirlo así, la última razon poderosa de Julian para convencer á Chamorro.

—Puesto que has concluido,—dijo Julian,—hablaré yo, á ver si puedo convencerte. Tú dices que si el prisionero es inocente, nada tan fácil como salvarle dando parte á la policía: yo voy á convencerte de que estás en un grave error.

—No deseo otra cosa.

—Suponte por un momento que el hombre á quien yo deseo salvar posee uno de esos secretos que, una vez descubiertos, ponen en grave peligro la honra y la vida de un alto personaje de Madrid. En este mundo, querido Chamorro, el que tiene dinero y ocupa una alta posicion, suele ganar todas las partidas que juega. De poco me serviria el pregonar las virtudes y la inocencia del pobre viejo que teneis encerrado en la *Casa Blanca*; sus enemigos son poderosos y se reirian de todas mis

protestas y de todos mis juramentos. Es preciso, pues, salvarle sin recurrir al apoyo de la justicia, salvarle por nosotros mismos. Y si tú te decides á ponerte á nuestro lado, yo te entregaré, en el mismo momento que el doctor Samuel respire el aire libre, doscientos duros en buenas monedas de oro.

Los ojos de Chamorro brillaron con el fuego de la codicia; pero, conteniéndose, contestó con reposado acento:

—Lo que me propones me compromete grandemente con el señor Quesada.

—¡Bah! Si todos los compromisos que has corrido y todos los que tienes que correr en tu vida no fueran mayores, podrias darte por satisfecho.

—Sin embargo, á mí se me ha entregado ese hombre y yo tengo que responder de él.

—No. Tú solo has abierto la puerta para dejarle franca la entrada. No te se ha dicho que lo celes ni que le espíes noche y dia. Otros son los encargados de esa honrosa comision. Si el prisionero no sale por la puerta, nadie puede reconvenirte.

—¿Por dónde diablos quereis que salga?—preguntó Chamorro sonriéndose.

—Por la cueva de los Toriles,—dijo á su vez Leandro, que hasta entonces no habia tomado parte en la conversacion.

—¡Ah! pues no me parece mal pensado. Hé ahí una salida que no se me habia ocurrido á mí pudiera utilizarse.

—Ya sabes que hay una galería subterránea que conduce á una de las habitaciones de la *Casa Blanca*.

—Sí, sí. Al final de esa galería se halla una puerta de hierro, y de esa puerta hace mucho tiempo que se ha perdido la llave.

—¿Y qué importa eso?—añadió Leandro.—¿Has necesitado tú nunca llave para abrir una puerta? Hay muchos instrumentos que sirven para el caso. Con una barra de hierro y una ganzúa, un hombre de tus puños y de tu inteligencia es capaz de abrir la puerta de bronce de Corinto, del templo de Salomon.

Y Leandro, guiñando el ojo y llenando el vaso de Chamorro, añadió sonriéndose maliciosamente:

—Además, en este asunto podemos matar dos pájaros de una pedrada, porque al mismo tiempo que se fuge el prisionero, se puede prender fuego á esa jaula que no sirve para otra cosa que para ahuyentar á mis parroquianos, y mañana, cuando solo queden algunos restos de sus muros rodeados de cenizas, tú puedes presentarte en Madrid y decir que el fuego te ha dado tiempo para salvarte y que ignoras si han muerto ó no achicharrados el prisionero y sus dos guardianes.

—¡No es malo vuestro plan! De ese modo seria difícil averiguar el rastro del hombre que pretendéis salvar, y á fé que ese viejo cascarrón, al que llaman pomposamente la *Casa Blanca*, no tardaria mucho en convertirse en pavesas con el airecillo que corre esta noche.

—Conque ¿aceptas ó no aceptas nuestras proposiciones?

Chamorro vaciló un momento.

Julian, que estaba resuelto á todo por salvar al doctor Samuel, durante el diálogo lleno de reticencias por parte de Chamorro, acarició mas de una vez el mango de un puñal que llevaba oculto en el bolsillo del pecho del chaqueton.

Leandro, que conocia las intenciones no muy santas de su amigo, viendo que el guardian de la *Casa Blanca* no se decidia á prestarle su ayuda, creyó llegado el momento de hacer uso de la botella de Jerez.

Se levantó, se dirigió al armario, á cuyo tiempo la voz de Chamorro le detuvo, diciendo:

—Despues de todo, lo único que me halaga en este asunto es el pegarle fuego á esa maldita ratonera que me obliga á vivir lejos de Madrid.

—¿Luego aceptas mi proposicion?—le preguntó Julian.

—La acepto con una condicion.

—¿Cuál?

—Que se doble el precio que me has ofrecido.

—Pides mucho por hacer una buena accion.

—¿Y qué me importa que sea inocente ó criminal el hombre que tratamos de salvar?

—No se hable mas y quedamos convenidos por trescientos duros.

—¿Y quién me responde á mí de ese dinero?

—¡Toma! ¿no te parece bastante garantía mi palabra?

—En cuestion de intereses, la garantía mas sólida es el dinero contante y sonante.

—Pues bien, ya que desconfías, toma á buena cuenta estas cuantas monedas.

Y Julian fué sacando pausadamente del bolsillo del chaleco hasta diez monedas de á cinco duros.

—Aquí tienes la sexta parte de la cantidad estipulada. Si nuestro asunto sale á pedir de boca, mañana á las doce te esperaré en el café de Minerva, calle de Atocha, en donde te convidaré á almorzar y te entregaré la cantidad estipulada.

—Perfectamente: ¿qué es lo que debo hacer ahora?

—Volverte á la *Casa Blanca* y abrirnos la puerta de hierro que dá paso á la galería subterránea y esperar-nos allí á pié firme hasta que lleguemos nosotros.

—Eso es bien poco.

—Espera un momento. Te queda aun otra cosa que hacer.

—Entérame bien de todo, porque una vez comprometido en el asunto, quiero cumplir bien.

—Cuando Leandro y yo nos hallemos dentro de la casa, nos acompañarás á la habitacion donde se encuentra el prisionero. Tú inspiras confianza á los guardianes y no será difícil que te abran la puerta al oír tu voz. Una vez conseguido esto, lo demás es cuestion hija de las circunstancias.

—Una pregunta,—volvió á decir Chamorro.—¿Tratais de emplear la violencia para salvar á ese hombre?

—Ya te he dicho que eso es cuestion de las circunstancias. Si no sirven las buenas razones, preciso será echar mano de la fuerza. En ese caso, el incendio bor-

rará las huellas de nuestros pasos, y nada de extraño tiene encontrar un cadáver achicharrado entre los escombros de una casa incendiada.

—Veo que lo teneis todo pensado y no vacilo en serviros.

—Pues manos á la obra.

Chamorro se levantó. Julian llenó el vaso y dijo:

—¡Á la salud de nuestra empresa!

Los tres amigos apuraron el vaso.

—¿Tardareis mucho?—preguntó Chamorro.

—El tiempo preciso para llegar á los Toriles y cruzar la galería subterránea.

—Dentro de treinta minutos estaré esperando en la puerta de hierro.

—¿Tienes la ganzúa y la barra de hierro?

—No, es mas sencillo emplear la llave,—contestó Chamorro sonriéndose.

—Hasta dentro de media hora.

—No faltaré.

Chamorro salió de la venta.

Julian y Leandro se quedaron mirándose silenciosos durante un minuto.

—¿Nos engañará ese hombre?—preguntó Julian.

—Tanto peor para él.

—Sí, dices bien. Además, no es tiempo ahora de reflexionar. Coge tus armas y al avío.

—Todo está dispuesto. La linterna, las pistolas, y sobre todo esta navaja, que es arma que hace daño sin escándalo.

Leandro se colocó las pistolas al cinto, guardó en el bolsillo del chaqueton la navaja, y cogiendo la linterna y una caja de fósforos, dijo:

—Vamos cuando gustes.

Poco despues los dos amigos se dirigian silenciosamente hácia los Toriles en busca de la cueva que habia de conducirles á la *Casa Blanca*.

CAPÍTULO VIII.

La calentura del hambre.

Penetremos nuevamente en la silenciosa y muda habitacion del doctor Samuel.

La lámpara colgada del techo bañaba los sombríos ámbitos de aquella sala con esa luz triste, moribunda, próxima á extinguirse.

El noble y virtuoso anciano se hallaba tendido en un sofá, y por la lívida palidez de sus mejillas y brillo fosforescente de sus ojos hubiera comprendido el mas lego que se hallaba poseido de una de esas calenturas que enervan el cuerpo y llenan la mente de visiones.

En aquella habitacion reinaba un silencio de muerte, ese silencio que embarga, que affige el espíritu, que nos recuerda la soledad de la tumba y oprime nuestro corazon.

De vez en cuando el anciano dirigia sus manos al estómago, como si quisiera, oprimiéndole, contener los horribles dolores que sentia, y dirigiendo en derredor suyo miradas siniestras, murmuraba en voz baja, débil y fatigosa:

—¡Esto es horrible! ¡oh, sí, muy horrible! Pero, ¡qué importa la vida cuando se han cumplido setenta años y se lleva sobre la frente una corona blanca, hija de la virtud y de la honradez! Esos miserables emplean conmigo el mas terrible de los tormentos; pero la calentura del hambre ha empezado, la muerte está cerca.

Una sonrisa triste, melancólica asomó á los ardorosos labios del anciano, y agitando la cabeza, volvió á decir:

—¡Pobre Daniel! tal vez á estas horas, rodeado de enemigos, su vida corre peligro de muerte. ¡Ah! ¡si yo pudiera avisarle! pero, ¡cómo, Dios mio, cómo!

Y nuevamente el anciano volvió á dirigir en derredor suyo una mirada como si quisiera con ella abrirse paso entre aquellas paredes que le encerraban y que iban, indudablemente, á ser su tumba.

El doctor Samuel dejó caer la cabeza sobre el respaldo del sofá, quedándose inmóvil.

El mayor silencio reinó en la habitacion, solo interrumpido por el monótono y pausado tic-tac de un péndulo que colgaba de una de las paredes.

Aquel reloj, regulador de la existencia, ojo de la eternidad, máquina inventada por el hombre para medir los minutos de su vida, marcaba con sus saetas las once menos cuarto de la noche.

El médico fijaba de vez en cuando sus ojos en aquella esfera y volvía á sonreirse, pero de un modo triste, penoso, una de esas sonrisas que hacen llorar, una de esas sonrisas que solo asoman á los labios de los moribundos que abandonan la tierra de los hombres, lleván-

dose á la eternidad una conciencia sin mancha y una alma pura de todo crimen.

—Mañana á estas horas, cuando esas manos de metal, despues de girar en derredor de la esfera, vuelvan á detenerse en el mismo punto en que ahora se hallan, el dedo de Dios caerá sobre el gran libro de los vivos para borrar el nombre del doctor Samuel. Yo ya no existiré. ¡Ah! ¡qué dulce es la muerte!

El anciano cerró los ojos: su cuerpo quedó inmóvil, y su respiracion, tranquila y regular, indicaba que aquella naturaleza se hallaba próxima á disfrutar de un sueño reparador.

En este momento se oyó el áspero chirrido de un cerrojo al descorrerse.

Un hombre se presentó en la puerta de la habitacion, este hombre llevaba el rostro cubierto por un antifaz negro, traia en la mano una cesta, la cual exhalaba gratas y apetitosas emanaciones.

Samuel abrió los ojos, los fijó con odio en aquel hombre y dijo:

—¿Viene usted nuevamente á reirse de mi desesperacion?

El enmascarado guardó silencio, estendió sobre un pequeño velador un mantel y fué colocando sobre él los manjares que llevaba en la cesta.

El rostro del anciano se reanimó súbitamente, se puso de pié, como movido por un resorte, é hizo el ademán de avanzar hácia el velador.

Era el hambre que empujaba la naturaleza de aquel

hombre hacía los manjares que humeaban, despertando los voraces deseos de su estómago.

El hombre del antifaz se colocó entre el velador y el médico, y estendiendo el brazo, le empujó con suavidad hasta dejarle de nuevo sentado en el sofá.

—Un momento,—le dijo.—Bien veo, señor doctor, que las emanaciones que exhalan esos platos son tentadoras, sobre todo para un estómago que se encuentra en el estado que el de usted.

—¡Tengo hambre!—murmuró con voz sorda Samuel, mirando con avaricia los manjares.

—Sí, lo comprendo,—añadió Santiago, pues no era otro el enmascarado;—tiene usted hambre, y me parece lo mas natural despues de tres dias de riguroso ayuno. Por mi parte, señor Samuel, no tendré inconveniente en que satisfaga usted el apetito siempre que logremos entendernos.

—Es usted un infame, digno servidor, por cierto, del general Lostan.

—Es mal sistema el que usted emplea conmigo: siempre que vengo á verle me dirige un largo catálogo de insultos y acabamos siempre por no entendernos.

—¿De qué otro modo puede tratarse á un miserable como tú?... En el diccionario no hay palabras con que calificar tu perversa conducta. Si tratais de matarme, dejadme morir, pero no me atormentéis.

—Todo puede arreglarse si usted quiere,—contestó con calma Santiago.—En primer lugar, me entrega usted el documento que posee, y en el segundo, estiende

una relacion dirigida al general Lostan, declarando que Daniel es hijo natural de un militar que murió en la Habana.

—¡Jamás! ¡jamás!—esclamó el viejo con una energía impropia de la debilidad que sentia.

—La relacion la tiene usted escrita en la mesa de noche. Para que no moleste usted su imaginacion, no tiene usted que hacer otra cosa que copiarla de su puño y letra, y luego de firmarla y entregar el documento que posee, podrá usted sentarse tranquilamente á la mesa y comer todo cuanto quiera.

—¿Y se me pondrá en libertad inmediatamente?...

—En cuanto á eso, es cuestion distinta. Necesito antes recibir órdenes.

Samuel soltó una carcajada.

—Veo que el general es un estúpido. Su mismo crimen le tiene aturdido; piensa que yo accederé á todo cuanto quiere y luego me retendrá encerrado en esta maldita casa hasta que termine mis dias. Pero no, no sucederá eso; podré morir, pero quedan afortunadamente en el mundo personas que me vengarán.

Y como si hubiera agotado todas sus fuerzas, se dejó caer en el sofá, cerró los ojos y se quedó inmóvil.

Durante algunos segundos Santiago contempló en silencio al pobre anciano.

Si aquel hombre no hubiera llevado el rostro cubierto con un antifaz, tal vez en su semblante hubiera podido notarse la palidez del remordimiento.

Santiago, leal servidor, hombre agradecido, servia

ciegamente al general Lostan, y aunque le repugnaba el papel de verdugo, estaba dispuesto á todo.

Si el marqués le hubiera dicho: «mata,» hubiera matado, sin respetar las venerables canas de aquel pobre anciano.

Se violentaba grandemente atormentando á Samuel; pero, esclavo de la gratitud, hubiera caminado al patíbulo sin denunciar la voluntad que habia movido su brazo para cometer el crimen que le conducia á la muerte.

Despues de un momento de pausa, dijo:

—Es usted un viejo terco, y mucho temo que esto concluya mal.

—¡Hipócrita!—repuso Samuel.—Bien sabes que tu amo solo puede vivir tranquilo despues de mi muerte. ¿Por qué me propones una alianza que no puedes cumplir? Serias mas generoso que clavaras en mi pecho un puñal ó descargaras sobre mi frente tu reвольver, como hiciste en Horche. De ese modo tu amo respiraria con libertad y yo habria acabado de sufrir.

—No es la muerte de usted lo que se desea, sino el silencio.

—¡Mientes!

—Firme usted la declaracion, entrégume usted el documento y concluirá todo.

—Vete, déjame, yo no haré nunca eso que me propones.

Y Samuel, volviendo la espalda á Santiago, se cubrió el rostro con las manos.

Santiago permaneció un momento indeciso, y después, recogiendo todos los manjares y guardándolos en la cesta, dijo:

—Yo vengo cada tres horas á brindar á usted con la paz, usted me contesta con la guerra; no es, por lo tanto, culpa mia si no logramos entendernos.

Samuel nada contestó, pero Santiago pudo oír sus suspiros, sus sollozos.

—Volveré dentro de tres horas, es decir, á las tres de la madrugada. Hasta luego, doctor Samuel.

Santiago cogió la cesta y salió de la habitacion, cerrando la puerta por fuera.

Samuel, al oír el ruido del cerrojo, levantó la cabeza, y viendo que se hallaba solo, murmuró en voz baja:

—Se quiere mi muerte, lo sé bien... El general no se creerá tranquilo mientras yo viva... ¿De qué me serviría aceptar sus condiciones? solo prolongaria algunos dias mi vida, y si firmara ese documento, causaria la desesperacion de Daniel. ¡Ah! no, no seré tan cobarde, mi deber es morir.

Samuel se dirigió con paso vacilante hácia la alcoba, cogiéndose de los muebles para no caerse, pues su desfallecimiento era grande.

Sacó un papel del cajon de la mesa de noche y se puso á leerlo á la luz de una lámpara que habia en la alcoba.

Aquel documento decia así:

«Señor general Lostan: en nombre de la pobre Ángela, de la madre sin consuelo, de la infeliz mártir que

ya no existe, yo doy á usted las gracias por haber tenido suficiente bondad de corazon para no revelar á Daniel el nombre de su padre.

»Guarde usted, general, el secreto del nacimiento de ese jóven, que no sepa nunca el nombre de aquel á quien le debe el sér, y cuya conducta vergonzosa en el ejército fué castigada con una sentencia afrentosa de muerte.

»Él no existe: ¿á qué, pues, acibarar el puro é inocente corazon de su hijo? Que viva en la ignorancia, estado cien veces mas feliz para el que atesora dentro de su sér un alma pura.

»Grande es el sacrificio de usted guardando silencio, lo conozco, y sobre todo, desde el momento en que Daniel se ha atrevido á fijar sus ojos en la noble y virginal hija de usted, la señorita Clotilde.

»Conozco que usted podria, con una palabra, desvanecer todas las esperanzas del jóven huérfano, y no lo hace porque le duele romper en pedazos su corazon.

»Gracias mil veces, señor general, por su conducta noble y generosa; Ángela, desde el cielo, le bendice, como yo le bendigo desde la tierra.

»Perdone usted la súplica que le dirige este pobre anciano, que solo desea demostrarle, antes de morir, su agradecimiento por todo el bien que hizo á la infeliz Ángela.

»Soy de usted siempre el mas respetuoso servidor.»

—¡Ah! ¡esto es infame, es villano! este hombre quiere santificarse á los ojos de Daniel, y cuando el pobre

huérfano insista uno y otro día preguntándole por su padre, inventará una historia para hundirlo en la más terrible de las desesperaciones.

Esto dijo Samuel al terminar la lectura de la carta que le exigían dirigiera al general, y rompiéndola en pedazos, los esparció por el suelo, diciendo:

—No, jamás cometeré semejante infamia.

Y luego volvió á dejarse caer en el sofá, murmurando:

—Prefiero la muerte.

Pero dejemos al doctor Samuel entregado á sus tristes reflexiones y sigamos á Santiago.

En la antesala de la habitación que servía de cárcel al doctor se hallaba un hombre dormitando en una silla: era Bonifacio.

Santiago le sacudió bruscamente cogiéndole por un brazo y le dijo:

—Despierta.

—¿Qué ocurre?—preguntó Bonifacio restregándose los ojos.

—Ese viejo es terco como un aragonés.

—¿No accede?...

—Á nada, y se está muriendo de hambre.

—Lástima fué que en Horche...

—¡Bah! aquello pasó, y bastante desgracia ha sido para todos.

—¿Y qué piensas hacer?

—¡Lo sé yo por ventura! Es preciso que vayas á Madrid.

—¿Ahora?

—Sí.

—¡Es muy tarde!

—¿Y qué importa? ¿Te crees tú que ese viejo tiene mucha vida si se empeña en no firmar la carta y no entregarnos el documento?

—El hambre le hará ser mas dócil.

—No, Bonifacio, no; se dejará morir, porque ha conocido que todas las proposiciones que se le hacen son pura farsa, y es preciso que el general decida.

—¿Qué quieres que le diga?—preguntó Bonifacio poniéndose de pié.

—Que el viejo se niega á todo, que prefiere morir de hambre á firmar la carta y entregar el documento que posee, que está...

Santiago se detuvo, añadiendo al instante:

—Pero será mejor que vaya yo á Madrid: tú, mientras tanto, te quedarás de centinela junto á esa puerta; pero cuidado con dormirte.

—Descuida. Yo podré dormirme cuando sé que tú te hallas cerca del viejo con los ojos abiertos y los oídos atentos; pero desde el momento que me quedo solo...

—Ya sabes la consigna si alguno quiere entrar.

—Le hago fuego, pierde cuidado.

—Volveré pronto.

—Vé tranquilo.

Santiago bajó precipitadamente la escalera, entró en la cuadra y se puso por sí mismo á ensillar el caballo.

En este momento Chamorro regresaba de la venta.

Cuando Santiago sacó el caballo de la cuadra dirigiéndose hácia la puerta, Chamorro le cerró el paso, preguntándole:

—¿Quién va?

—Soy yo, que voy á Madrid, pero volveré pronto; arriba se queda mi compañero cuidando del viejo. En cuanto yo salga, cerrará usted la puerta, y mucho cuidado con que se abra á nadie sin que dé antes el santo y seña.

—Está bien.

Poco despues, Santiago galopaba hácia Madrid, mientras Chamorro, haciendo un movimiento de indiferencia con los hombros, se decia en voz baja:

—Seremos tres contra uno. La victoria es segura, y en cuanto á la idea de prenderse fuego á la casa, en verdad que no me disgusta, aunque no sea mas que por hacerles un favor á mis antiguos camaradas.

Chamorro cogió una luz y se dirigió á la cocina, sacó una descomunal llave de un armario, y despues de examinarla al momento y ponerle unas gotas de aceite en las guardas, añadió:

—Ea, Chamorro, vamos á ganarnos trescientos duros y á cumplir como buenos.

CAPÍTULO IX.

La vida por la honra.

Santiago llegó á la una en punto á casa del general Lostan.

Habia dejado el caballo en el parador de Picazo, situado en la Ronda del Portillo de Valencia.

Santiago era el ayuda de cámara y el criado de confianza del general Lostan.

Se le veía entrar y salir á cualquier hora de la noche sin inspirar desconfianza.

Se encaminó, pues, al gabinete del marqués, pero no estaba en casa. Entonces procuró enterarse, y uno de los criados le dijo que el general habia salido á las once de la noche á hacer una visita al embajador de Prusia.

Santiago comprendió que no le quedaba mas remedio que esperar á su amo.

Entró nuevamente en el cuarto del general, acercó una butaca á la chimenea y se sentó.

Media hora despues se oyó el ruido de un coche en el patio.

—Ahí está,—se dijo Santiago levantándose.

Y efectivamente, no tardó mucho en presentarse el general Lostan, á quien debió causar algun asombro la presencia de Santiago.

—¡Tú aquí!—le dijo.—¿Ocurre alguna novedad?

El general fijó una de esas miradas que pretenden leer hasta el fondo de la conciencia.

—Si; ocurre, señor general,—contestó Santiago,—que el viejo es incorregible, que no admite ninguna de nuestras proposiciones y que hace tres dias no toma ningun alimento.

El marqués se puso á dar paseos por el gabinete, llevándose de vez en cuando la mano á la frente.

—¡Conque es decir,—murmuró en voz baja,—que á ese hombre de corazon de acero ni aun los horribles dolores del hambre le obligan á transigir conmigo!

—Se niega á firmar la carta y á entregar el documento; y es verdaderamente asombroso ver á un anciano, en el estado de debilidad que él se encuentra, rechazar con increible energia todas cuantas proposiciones se le hacen.

—¡Entonces desea morir! ¡le es indiferente la vida!

—No, general: lo que ese hombre quiere es cumplir el juramento que hizo á Ángela, es darle un nombre al huérfano, vindicar una honra ultrajada, enaltecer la verdad y que brille, por fin, sobre el inocente la luz de la justicia y la reparacion.

—¡Pero eso es imposible, Santiago, imposible, tú lo sabes muy bien!—esclamó el general apretándose las sienes con las manos como si temiera que se le escapara el pensamiento.—Para devolverle la honra á Ángela, es preciso hacer pedazos la mia; para legitimar á Daniel, es preciso desheredar á mi hija. ¡Ah! ¡se habrá encontrado algún hombre en una situacion mas terrible que la mia!

Y el general, como si al pronunciar aquella esclamacion se hubieran agotado todas sus fuerzas, se dejó caer en un sofá, y cubriéndose el rostro con las manos, murmuró en voz baja:

—Es preciso matar, no hay otra salvacion posible. Mi destino así lo quiere; la fatalidad, con sus horribles combinaciones, así me lo ordena.

Y levantando las manos al cielo, como si quisiera dirigirle una reconvencion, exclamó:

—¡Naturaleza pródiga, que te has complacido en crear un sér para que sea al mismo tiempo víctima y verdugo!

Santiago amaba y respetaba al mismo tiempo al general, víctima de sus pasiones y de su sobresaltada conciencia.

—Vamos, general,—le dijo con acento cariñoso,—es preciso no abandonarse á la desesperacion. La suerte está echada y los dados no pueden recogerse de la mesa sin gran vergüenza de los jugadores.

—Me aturdo, Santiago; hay momentos que ni sé lo que quiero ni lo que debo hacer.

—Y sin embargo, señor, hoy mas que nunca necesitamos vivir con el espíritu sereno, para hacer frente á los peligros que nos amenazan.

—Sí, sí, dices bien: es preciso serenar el espíritu, tranquilizar el corazon, despejar las ideas, porque no es el doctor Samuel el enemigo mas terrible que nos amenaza; hay otro á quien encuentro por todas partes, que me sonríe, que me estrecha la mano, que me llama su amigo. Y ese hombre, de inteligencia elevada, que tiene como yo un escudo sobre la puerta de su casa y que como yo adorna su pecho con honrosas condecoraciones, me acecha por todas partes y, como la astuta pantera, busca la ocasion oportuna de lanzarse sobre su presa para hacer trizas su honra y reirse luego de su humillacion y de su vergüenza.

El general, como movido por un resorte, se levantó; sus ojos, grandes y llenos de vida, despidieron en derredor suyo miradas siniestras, agitó la cabeza como el leon que se dispone á la lucha, y entreabriendo los labios para exhalar un suspiro de fuego, apretó los puños, hizo rechinar los dientes y dijo:

—Pues bien, Santiago, desafian al leon, pretenden herir en la pupila al leopardo, le presentan la batalla y ha llegado la hora de morir ó de matar.

Santiago, de pié, inmóvil, rígido como una estatua de mármol, escuchaba á su amo, dispuesto á reanudar todas sus ideas, por terribles, por sanguinarias que fueran.

El general avanzó unos pasos, cogió con nerviosa

mano un brazo de Santiago, y mirándole con fijeza, le dijo con voz baja, pero trémula y reconcentrada:

—El conde de la Fé, despues de haberse batido tres veces conmigo y calcular la impotencia de su mano para vengar sus ofensas, como la astuta zorra que se arrastra de noche entre la maleza, aflando en silencio sus colmillos para triturar la presa que codicia, creyendo que por sus años no ha de verse en el compromiso de darme una satisfaccion, busca el modo de vengarse alentando el amor que Daniel siente por Clotilde.

El general hizo una pausa, volvió á dirigir en derredor suyo los ojos como si temiera que alguno le espicara y añadió:

—El conde de la Fé sabe como nosotros que es imposible el amor de Clotilde y de Daniel, amor incestuoso, amor criminal, que arrojaria una mancha sobre la casta frente de mi hija y llenaria de desesperacion mi alma. Pues bien, ese hombre, con su silencio, con su fortuna, con su gran práctica del corazon humano, los acerca, los aproxima, los alienta, y no concluirá hasta presentarles la ocasion. Pero eso no sucederá: yo inferiré al conde un agravio tan grande que le obligue á cruzar conmigo por cuarta vez las armas, y si esto sucede, ¡oh! entonces le mataré.

—¿Y si no quiere batirse?—preguntó Santiago con una calma impropia de las circunstancias.

—Si no quiere batirse...

—Entonces es cuestion mia, general. Yo debo á usted la vida y sé lo que me toca.

—¡Cómo! ¡te atreverías!...

—Á todo, señor marqués. Para los hombres de negocios, segun una frase muy vulgar en Inglaterra, el tiempo es oro. Para las cuestiones de honra voy á permitirme inventar otra: los minutos son diamantes.

El general, que tenia una gran confianza en Santiago, fijó en él los ojos y le preguntó:

—¿Qué piensas hacer?

—Ante todo, poner fin esta misma noche á la existencia del doctor Samuel.

El general exhaló un suspiro. Le era doloroso matar al pobro viejo, que no habia cometido otro crimen que ser noble y generoso; pero conocia al mismo tiempo que mientras el doctor viviera, se hallaba en gran peligro su honra.

Vaciló algunos segundos, durante los cuales mantuvo una lucha terrible consigo mismo, y por último dijo:

—Bien, Santiago, haz lo que quieras, librame de ese hombre.

—Está bien, señor: Samuel no verá la luz del próximo sol. En cuanto al conde de la Fé...

—Mañana tendré una explicacion con él. Es preciso que termine este estado de inquietud, que sepa lo que puedo esperar de un enemigo irreconciliable, y si otras veces solo me he contentado con defenderme, puesto de nuevo delante de él, le esterminaré para siempre. La punta de mi espada buscará su corazon, yo te lo aseguro.

—¿Tiene el general algo mas que mandarme?

—Nada, Santiago; confío en tu valor y en tu discrecion.

—Antes de una hora nos veremos libres de un enemigo.

—Y muy en breve sabré á qué atenerme con el conde de la Fé.

Santiago saludó y se dirigió hácia la puerta.

—Espero con impaciencia tu vuelta.

—Un minuto despues de terminar mi comision, regresaré á Madrid. Pero es preciso dar el golpe con prudencia, y si es posible, sin dejar rastro alguno.

—En tí confío.

—Esa confianza me honra.

El general se quedó solo.

Durante algunos minutos continuó paseándose por el gabinete.

Estaba inquieto, sobresaltado. Todo su pensamiento se hallaba en la *Casa Blanca*.

Cansado de pasear, se acostó, buscando en el reposo del sueño algunas horas de olvido; pero le fué imposible reconciliarse con el sueño.

Trascurrieron algunas horas, y cansado de estar en la cama, se vistió sin que sus ojos se hubiesen cerrado.

El dia comenzaba á nacer. La ténue y poética luz de la aurora penetraba á través de los cristales del balcon.

El marqués apagó la lámpara y sentóse junto al balcon.

Maquinalmente fijó sus ojos en la calle, por donde apenas circulaba alguna que otra persona.

De pronto se fijó en dos jóvenes vestidas de negro que con el velo de la mantilla echado sobre el rostro cruzaban el arroyo.

Sintió que se estremecía su corazón, y le causó extrañeza que le hiciera tan grande efecto la presencia de las dos enlutadas.

—¿Qué me importan á mí esas mujeres?—se dijo siguiéndolas con la mirada hasta que se perdieron por una bocacalle.

Sin embargo, el general se quedó pensativo, sin darse cuenta él mismo de lo que sentía.

Algunos minutos después, oyó que llamaban á la puerta del gabinete, y creyendo que era Santiago, se estremeció, murmurando en voz baja:

—Tan pronto...

Luego corrió á la puerta y la abrió retrocediendo: era la marquesa del Radio, la orgullosa y grave doña Beatriz.

—¿Usted á estas horas, marquesa?—preguntó el general.

—Sí, yo, general, que como usted he pasado la noche sin dormir, porque la honra de nuestra hija corre un grave peligro.

—¡La honra de Clotilde! ¿Qué ocurre?

—Todas las mañanas sale de casa acompañada de su doncella,—añadió con acento severo doña Beatriz.

—¡Imposible!—esclamó el general.

—Puede usted convencerse de lo que digo entrando en las habitaciones de su hija y las hallará desiertas.

—Pero, ¿cómo no he visto que salieran?—preguntó el general con acento brusco.

—Porque han burlado su vigilancia, porque indudablemente ha llegado la hora de que el crimen se expie.

—¿Viene usted, como siempre, á reconvenirme?

—La reconvencion seria tardía; á usted, general, ni aun le queda el consuelo de reparar sus faltas.

Don Pedro comprendió que la marquesa, como otras muchas veces, se disponia á entablar con él una batalla doméstica.

Pero interesándole mas saber si era cierto que su hija abandonaba todas las mañanas la casa para acudir sin duda á alguna cita y recordando aquellas dos mujeres vestidas de luto que poco antes habia visto cruzar la calle, salió precipitadamente del gabinete, llegó á la habitacion de Clotilde y efectivamente no habia nadie.

Entonces el general lanzó un rugido, y palideciendo hasta la lividez, tuvo miedo de que la honra de su hija se hallara en grave peligro.

Desde este momento, mas que un hombre dotado de razon, parecia un demente.

Cuando regresó á su gabinete, la marquesa, serena y grave como siempre, le esperaba sentada en una butaca.

—Tiene usted razon, señora,—le dijo,—nuestra hija no se halla en casa, pero yo necesito saber á dónde ha ido.

—Lo ignoro, caballero; pero si no temiera ofenderme á mí misma, diria que lo sospecho.

PUBLICACION NOTABLE EN PRENSA.

LAS
FÁBULAS DE ESOPPO,

TRADUCIDAS DIRECTAMENTE DEL GRIEGO

Y DE LAS

VERSIONES LATINAS DE FEDRO, AVIANO, AULO GELLIO, ETC.,

precedidas de un ensayo histórico-crítico
sobre la fábula, y de noticias biográficas sobre los citados Autores,

POR EDUARDO DE MIER.

BASES DE LA PUBLICACION.

Las Fábulas de Esopo, formarán un tomo de regulares dimensiones, compuesto de unas 60 entregas, repartiéndose gratis todas las que escedan de este número.

Cada entrega constará de 8 páginas en fôleo, perfectamente impresas y glaseadas, ó bien de una lámina tirada aparte.

Para que nuestro libro reúna las condiciones de una verdadera publicacion ilustrada, contendrá un considerable número de viñetas, representando los principales pasajes de las fábulas mas conocidas.

A fin de popularizar tan magnífica obra, el precio de cada entrega será solo el de UN REAL en toda España.

PRÓXIMA Á PUBLICARSE.

LA CARCAJADA.

(HISTORIA DE UN BUEN HIJO.)

Novela de costumbres.

SU AUTOR,

ERNESTO GARCIA LADEVESE.

Magnífica ilustracion de láminas tiradas aparte, dibujadas por el acreditado artista

D. EUSEBIO PLANAS.

Á UN CUARTILLO de real la entrega.

Imp. de Ramírez y C.^ª